

## EL BAUTISMO DE JESUCRISTO COMO TEOFANÍA TRINITARIA

### I. INTRODUCCIÓN

Todo Oriente celebra el 6 de enero la santa Teofanía de nuestro Señor Jesucristo. El título de nuestro tema se basa en Mt 3, 1-17. La teofanía trinitaria, donde solemnemente está revelado quién es Jesucristo, no sucede solamente durante el bautismo, sino también durante la Transfiguración y la Resurrección. Nuestro intento consiste en explorar la manifestación plena, acontecida durante el bautismo de nuestro Señor en el Jordán, comienzo verdadero de la vida pública del Señor bautizado. Trataremos también los temas teológicos, empezando con la figura y función de Juan Bautista, siguiendo con la manifestación de las personas divinas y la importancia primordial del bautismo del Espíritu Santo para el Señor, hasta la cruz.

En el bautismo del Señor, en los textos de los Sinópticos, según el esquema de Marcos, probablemente original, empieza de forma grandiosa la vida pública del Hijo de Dios en la manifestación del Espíritu Santo. Por eso, este acontecimiento, por su naturaleza es el prólogo necesario de todo el arco de la existencia terrena de Él: el Evangelio anunciado y las obras del Reino se cumplen por la potencia de Espíritu Santo.

La teofanía ya en el Antiguo Testamento es una manifestación y operación divina para los hombres. Ésta puede ser

destructiva, como el «Día del Señor» terrible y último, el «juicio»; o también benéfica, es decir, epifánica<sup>1</sup>.

En el AT, el verbo ἐπιφάνειν aparece en los LXX 11 veces en su mayoría en 1-2 Macabeos. Indica el manifestarse concreto de una intervención favorable divina.

El sustantivo ἐπιφάνεια aparece en los LXX 11 veces, en su mayoría en 1-2 Macabeos. Indica el manifestarse concreto de una intervención favorable divina.

El adjetivo ἐπιφανής se encuentra 16 veces en los LXX, habitualmente indica una realidad «benéfica» por ejemplo *Joel* 2, 11 y 3, 4 está usado así: «el Día grande y ἐπιφανής, terrible. Así *Mal* 3, 23. De esta manera se tiene una fusión con *Ps* 117 (118), 23-24, para indicar el día escatológico.

En el NT, san Pablo en sus primeras epístolas como 1-2 *Tes* (2 *Tes* 2, 8) usa el término *parousía*, presencia, venida, vuelta, manifestación última de Cristo Señor, mientras en las epístolas Pastorales usa ἐπιφάνεια para indicar a la vez la manifestación que sucederá en el juicio de Cristo y su venida carnal, junto a términos significativos como χάρις, gracia, σωτηρ, salvador, φως, luz. En sentido de que la escatología debe ser vivida, porque ya ha empezado y todavía avanza hacia una definitiva manifestación.

«Cuando en el siglo II, 120 d.C, los gnósticos-basilidianos inventan una fiesta de las aguas y de las luces con el motivo del bautismo del Señor en el Jordán (el Nilo era la sede oportuna de aquella fiesta de ideas), separan falsamente dos aspectos que en el NT están unidos. Según ellos en el momento del bautismo, el hombre Jesús, con la entrada del Verbo y del Espíritu Santo en él, se habría convertido en Cristo»<sup>2</sup>. Para confutar el significado de esta fiesta herética, la Iglesia celebra el 6 de Enero la teofanía epifánica del Jordán, no su venida en carne, que insiste sobre el aspecto de nacimiento (es decir nacer para morir y resucitar).

Por lo que concierne al origen del bautismo de Jesucristo en el Jordán, P. Zarella sostiene que se remonta a la más antigua tradición evangélica. Está narrado en Marcos (1, 9s), en Mateo (3, 13-17) y Lucas (3, 21); posteriormente hacen referencia S. Juan (1, 32s) y los Hechos de los Apóstoles (10, 38)<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> T. Federici, *Teologia liturgica orientale* (Roma 1978) 65.

<sup>2</sup> T. Federici, *cit.*, 66.

<sup>3</sup> Cf. P. Zarella, 'Il Battesimo di Gesù nei sinottici', *ScCatt* 97 (1969) 4s; cf. M. E. Boismard, 'Evangile des Ebionites et problème synoptique', *RB* 73 (1966) 321-352.

## II. FIGURA Y FUNCIÓN DE JUAN BAUTISTA

### 1. *La figura de Juan*

Los primeros 12 versículos del capítulo 3 de Mateo se dedican a san Juan. Desde el comienzo éste es presentado como predicador de la conversión, motivada por la inminencia del Reino de los cielos. Juan se introduce de repente como si fuera conocido por todo el mundo, por eso no considera necesario entretenerse sobre su personalidad. Lucas, sin embargo, informa más sobre su origen, en cuanto hijo de un sacerdote llamado Zacarías, y de su mujer Isabel de la descendencia de Aarón (Lc 1, 5-7).

El aparecer de Juan Bautista, similar a la venida de Jesús en Mt 3, 13, es solemne. El verbo *παράγινεται* está en presente. Aparece en función de Cristo, como predicador de la conversión que consiste en una alternativa de vida nueva, condicionada por el hecho de que el Reino de los cielos se ha hecho inminente en la manifestación histórica de quien ejecuta el juicio de Dios, osea, Jesucristo<sup>4</sup>. Su actividad se clarifica con el verbo técnico *anunciar* (*κηγύσσω*), aliándose con Jesús y sus discípulos.

¿Como se considera la figura de Juan? Algunos son del parecer de que el Bautista es un maestro independiente, con un mensaje y programa propio y cuando él fue encarcelando sus discípulos siguieron su obra. Tras su muerte aparecen signos de una comunidad que jamás fue absorbida totalmente por el cristianismo<sup>5</sup>. Esto sin embargo, no debe obstaculizar el intento de demostrar que Juan es sin ninguna duda la voz que grita en el desierto (el lugar de Dios) como enviado de Dios. «Juan es como la síntesis de todos los Profetas, de toda una historia de preparación a la salvación a través de la conversión. Él todavía es el límite extremo de este tiempo en el punto en el que inicia la nueva época: entre los dos tiempos no existe ruptura incolmable, sino una amplia línea de continuidad, un puente que les une»<sup>6</sup>. Otros lo ponen a nivel de los profetas antiguos, porque proclama la inminencia del Reino de Dios, en el cual se establecerá la justicia divina.

<sup>4</sup> Cf. R. Fabris, *Matteo* (Ciudad de Castelo 1982) 77.

<sup>5</sup> Cf. A. Salas, 'El mensaje del Bautista', *Estudios Bíblicos* 29 (1970) 57.

<sup>6</sup> B. Marconcini, 'Tradizione e redazione in Mt 3,1-12', *RivBiblt* 19 (1971) 178.

El mensaje de Juan concuerda con el de Jesús (4, 17), que consiste en un conciso imperativo μετανοείτε, bien motivado. La petición de la conversión, más que en *Mt* 3, 2 y 4, 17, se expresa en el reproche contra las ciudades de Galilea (11, 20s y en 12, 41) por falta de conversión. Comparándolo con el de los profetas, este reproche pone de relieve la separación radical de todo lo que hasta ahora tenía valor. Esta separación radical implica el cambio total de la vida. Es un volver a Dios. Juan entiende la conversión como este retorno a Dios. Su peculiaridad consiste en el hecho de que este retorno no es un volver al punto de salida sino un orientarse hacia el Reino de los cielos, que es inminente.

El Reino de los cielos, según Gnllka, es una formulación propia de Mateo que toma de la tradición judeo-cristiana<sup>7</sup>. El evangelista no necesita explicar el significado del Reino de Dios porque está claro para su lector, como lo es también para los oyentes de Juan. Este Reino no es producto de los esfuerzos humanos.

Naturalmente, es preciso saber lo que entiende el judaísmo por la palabra «cielo», que era una paráfrasis del nombre divino que no osaban pronunciar; sin embargo el evangelista Mateo desconoce este miedo, porque el Reino de Dios le es familiar. Entonces el Reino de los cielos puede indicar la universalidad y el poder global, con el cual Dios se revelará.

La figura del Bautista como asceta está ya presente en el AT (2 *Re* 1, 8; *Zc* 13, 4; *Lv* 11, 21s). Su posición particular de precursor tiene su motivación en el hecho de que ha sido anunciado por Isaías 40, 3. El vestido y el cinturón de piel, son signos de su vocación profética. El vestido de piel según *Zc* 13, 4 es el de los profetas. «El vestido hecho de piel de camello, indica la fisonomía exótica de esta predicación profética. Es con las pieles de los animales impuros, a los cuales somos considerados parecidos, con las que el predicador de Cristo se viste. Y todo lo que en nosotros antes era ineficaz, ha sido santificado por el vestido del profeta»<sup>8</sup>. El cinturón de piel, lo que es común entre los beduinos, recuerda al profeta Elías. De hecho en *Mt* 11, 14, se dice que Juan es «Elías que tiene que venir» (cf *Mt* 17, 10-13). La Escritura no dice que Juan se

<sup>7</sup> Cf. J. Gnllka, *Il Vangelo di Matteo*, I, epígrafe i (Brescia 1990).

<sup>8</sup> S. Hilario de Poitiers, *Commentario a Matteo*, a cura di L. Longobardo (Roma 1988) 50-51.

ha presentado en el cuerpo de Elías, sino más bien en la potencia y el espíritu de éste<sup>9</sup>.

Para la alimentación, Juan se nutre de langostas que, según Hilario, alegorizando, escapan delante de los hombres y huyen cada vez que nos ven llegar. Éstas somos nosotros cuando nos alejamos de cada palabra de los profetas y de cada relación con ellas, conduciéndonos por los saltos de nuestro cuerpo<sup>10</sup>. La miel silvestre es una miel vegetal, y es miel de abejas silvestres; aquí sería oportuno recordar que la miel, de la cual Juan se nutría, no corresponde con la descripción que nos ofrecen los comentarios modernos que insisten diciendo que es el zumo de un fruto (tamarindo). El autor apenas citado sostiene que somos nosotros el alimento de los santos, y esto es lo que sacia a los profetas.

Parece muy interesante cómo Flavio Josefo describe a Juan Bautista: «era un hombre bueno que exhortaba a los hebreos a practicar la virtud y la justicia hacia los otros y la piedad hacia Dios, para disponerse a recibir el bautismo. Desde este punto de vista, esto era la premisa necesaria para que el bautismo fuera aceptado por Dios»<sup>11</sup>.

El bautismo de Juan ha abierto el camino al despertar mesiánico, sobre el cual se basaba el cristianismo. Veo oportuno hablar de las prácticas purificadoras de los pueblos que rodeaban el ambiente de Juan Bautista. Oepke afirma que en los Evangelios no se hace la más mínima mención de que el bautismo de Juan deriva del sincretismo oriental<sup>12</sup>. Existía la intención de poner el bautismo de Juan en relación con el de los mandeos. El ritual bautismal de estos pone en segundo lugar el concepto de purificación e insiste sobre la fuerza vital sacramental o mágica. Además el culto hacia el Bautista entró en sus escritos en la era del islam. Tampoco el Bautista puede haber tenido influencia sincretística de los esenios, ya que repiten diariamente las abluciones, mientras que Juan administra el bautismo una sola vez<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> Cf. Efrén de Nísibe, *Commentaire de l'Évangile concordant ou diatessaron*, SChr 121 (1986) 20-26.

<sup>10</sup> Hilario de Poitiers, *cit.*, 51.

<sup>11</sup> Flavio Josefo, *Antiquités judaïques*, 18, 5, 2, § 117 (París 1929).

<sup>12</sup> A. Oepke, art. βάπτω, βαπτίω: GLNT 2 (1986) 61.

<sup>13</sup> Cf. *Ibid.*, 63.

El bautismo para recibir una sola vez, se administraba en las aguas del Jordán y acontecía a través de otra persona, no obstante la práctica de los ritos de autopurificación. Según Flavio Josefo el bautismo que los hebreos debían recibir no tenía como motivo la remisión de los pecados, sino la consagración del cuerpo, una vez que el alma fuera verdaderamente purificada mediante una digna conducta de vida<sup>14</sup>.

Resumiendo, la figura de Juan Bautista está descrita con imágenes, extraídas de los textos veterotestamentarios, que hacen alusión a Elías. En el NT se ve el designio de Dios sobre Juan, quien tiene que preparar el camino a quien bautiza con Espíritu Santo y fuego.

## 2. *Función de Juan Bautista*

Como punto de partida, hay que decir que la confrontación del material evangélico demuestra que la enseñanza de Juan consiste en preparar el camino para el Salvador. Habrá que considerar las realidades que explican la función de Juan. Como los antiguos profetas, él comienza su predicación insistiendo sobre la conversión. La característica de Juan es que anuncia (κηρύσσει) la inminencia del Reino de los cielos; realidad concreta y palpable que es la presencia de quien bautiza con el Espíritu Santo y fuego. Pero no solo anuncia, sino bautiza, con el fin de suscitar en la muchedumbre una toma de conciencia para la preparación de la espera del Mesías. De esta manera, el mensaje y el bautismo de Juan tienen valor escatológico<sup>15</sup>. Su aparecer (παράγινεται) es idéntico al de Jesús, insistiendo claramente sobre la preeminencia del aparecer de Jesús respecto al de Juan. Un paralelismo entre ambos en Mateo reproduce más fielmente la familiaridad entre ellos. Lo que proclama Juan en *Mt* 3, 2 está puesto en boca de Jesús en *Mt* 4, 17, cuando envía a sus discípulos con el mandato de proclamar la inminencia del Reino de los cielos (cf. *Mt* 10, 7). Los pasajes donde se percibe esta afinidad son numerosos: Juan lanza expresiones muy duras contra saduceos y fariseos (*Mt* 3, 7), también Jesús amonesta de igual

<sup>14</sup> Cf. Flavio Josefo. *Ant.* 18, 5, 2.

<sup>15</sup> Cf. A. Salas. *cit.*, 63.

modo a los destinatarios de sus palabras (*Mt* 23, 33; cf. 12, 34). Aún se pueden encontrar más ejemplos que ponen en evidencia hasta qué punto ambos concuerdan en su forma de predicar. Se podría decir que el bautismo de Juan tiene una relación íntima con el de Jesús, al cual sirve de preparación<sup>16</sup>.

El bautismo del agua para la conversión practicado por Juan está subordinado al «bautismo de Espíritu Santo y fuego», que sucede mediante quien es más fuerte que el Bautista. La diferencia entre los dos bautismos consiste en el hecho de que el Señor bautiza con Espíritu Santo y fuego (*Mt* 3, 11, αὐτὸς ὑμᾶς βαπτίσει ἐν πνεύματι ἁγίῳ καὶ πυρὶ). Juan, en cuanto voz que grita en el desierto, de hecho no hace nada más que anunciar a Jesús. «El más fuerte que viene después del Bautista tiene signos del Mesías y Señor poderoso que opera el juicio definitivo porque bautiza con el Espíritu Santo y fuego»<sup>17</sup>.

Juan es hijo de sacerdote, y en consecuencia es sacerdote; conoce bien la Sagrada Escritura, por eso la toma de conciencia de su misión en cuanto enviado de Dios para preparar el camino al Esposo (Cristo) es más interiorizada. Todo lo que él proclama es confirmado por Jesús mismo. Juan además de anunciar la inminencia del Reino de Dios, confiere un bautismo para la conversión. Isaías mismo pronuncia la tarea fundamental de Juan, que consiste en la preparación del pueblo a la aparición de quien bautiza con Espíritu Santo y fuego (*Is* 40, 3). Pero el bautismo de Juan, además de la conversión, según mi opinión tiene una función más decisiva. Juan en cuanto instrumento de la Palabra divina, bautizando a Jesús, cumple un gesto fundamental en la historia de la salvación. Merece la pena recordar el diálogo del Bautista con Jesús, que quiere recibir el bautismo, pero el precursor se lo impide diciendo que es él quien debe ser bautizado por el Señor. San Efrén adorna este diálogo con motivos puestos en la boca de Juan Bautista por los cuales él no se siente digno de bautizar al Señor. Esto sirve sobre todo para borrar, de una vez por siempre, las opiniones de los autores que intentan

---

<sup>16</sup> Cf. J. Gnilk, 'Der Täufer Johannes und der Ursprung der christlichen Taufe', *BibLeb* 4 (1963) 47; P. Proulx - L. Alonso Schökel, 'Las sandalias del Mesías Esposo', *Biblica* 59 (1978) 2s.

<sup>17</sup> R. Fabris, *Matteo* (Ciudad de Castelo 1982) 79.

someterlo al estado de pecado, porque se ha hecho bautizar por el Bautista en lugar de contemplar en aquel gesto el cumplimiento de la voluntad de Dios Padre»<sup>18</sup>. Como dijimos anteriormente, Juan es también sacerdote que conoce bien la Sagrada Escritura, y sus actos van siempre de acuerdo con ella. El máximo acto que él cumple es el bautismo del Señor en el Jordán, porque a través de esto sucede un hecho que recapitula todo lo que anteriormente ha sido proclamado por los enviados de Dios. El Bautista lo hace por inspiración de la Escritura, convirtiéndose en parainfo en este acontecimiento decisivo. Bautiza a Jesús y lo entrega para las nupcias, conociendo bien pasajes como *Ez* 16, 8, donde el Señor Dios pasa cerca de la esposa y ve que el momento era maduro para estipular la alianza. Así, en el bautismo de Juan se hace el «lavatorio nupcial» antes de la unción nupcial del Esposo. Entonces, el Ungido por el Espíritu Santo es consagrado y consignado a la Esposa. Aquí la voz que grita en el desierto (Juan Bautista) tiene un papel decisivo, y a él está dada la gracia de participar en esta liturgia divina. De hecho, después el bautismo de Jesús, Juan desaparece porque tiene que ceder el sitio al más fuerte que él<sup>19</sup>. Todo el anuncio de Juan se ha cumplido, además él mismo puede contemplar lo que el Hijo de Dios opera. El bautismo con el Espíritu Santo y fuego regenera, pero no en la carne, sino que hace nacer desde lo alto (cf. *Mt* 18; *St* 1, 17-18). Esta regeneración divina está también en *1Pt* 1, 23: lo que permanece eternamente es la Palabra divina (cita *Is* 40, 7-8). La novedad es que a través del bautismo de Cristo adquirimos la filiación divina, de esta manera es reparada la imagen y semejanza de Dios en nosotros. Naturalmente, todo esto tiene que ser leído a la luz de la resurrección, porque si Cristo no hubiera verdaderamente resucitado, sería en vano todo lo que hemos afirmado (cf. *1 Co* 15, 20).

En síntesis, se puede decir que la voz que grita en el desierto ya está anunciada en el AT, Juan es enviado con el designio predefinido por Dios. Él tiene que preparar el camino a aquel que lleva a cumplimiento el designio divino, por

---

<sup>18</sup> Cf. S. Efrén, *Des heiligen Ephrem des Syrerers Hymnen de Nativitate (Epiphania)*: CSCO 187, Syri 83, ed. E. Beck (Lovaina 1959) 201-206.

<sup>19</sup> Cf. M. A. Chevallier, 'Souffle de Dieu', *Le Point Théologique* (París 1991) 91; cf. P. Zarrella, 'Il battesimo di Gesù nei Sinottici', 27.



eso el anuncio del Bautista tiene valor escatológico, hablando de una realidad ya presente. De hecho, Juan empieza su misión con estas palabras. «Convertíos, se acerca el Reino de los cielos» (Mt 3, 2) y toda su actividad, como precursor, tiene como fin este aspecto. Hemos mencionado que su bautismo se distingue de las prácticas purificadoras de entonces y se administra una sola vez. Juan mismo reconoce la preeminencia del bautismo de quien bautiza con el Espíritu Santo y fuego. El máximo acto que Juan cumple es el bautismo de Dios hecho hombre, donde el Bautista se hace paraninfo del Esposo, consignándolo a la Esposa, que es la futura comunidad. Con esta consigna solemne, Jesús inicia su vida pública como rey unguido, profeta y sacerdote mesiánico. De esta manera, implícitamente es introducido el papel del Espíritu Santo objeto del siguiente punto.

### III. LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU SANTO

#### 1. *En el AT*

Para comprender mejor qué significa la presencia del Espíritu Santo durante el bautismo del Señor en el Jordán, es preciso empezar con su acción en los eventos fundamentales que el AT contiene. Como punto de partida merece la pena recordar que la acción de Dios desde el principio de la creación hasta el cumplimiento de su designo está estricta y perennemente ligada a su Palabra y a su Espíritu (Ps 32, 6), que es su Sabiduría. Dios opera toda la creación a través de su Sabiduría (cf. Gn 1, 1-2, 4a). Su actuación más culminante en la creación es el modelar al hombre de arcilla según su imagen y semejanza (Gn 1, 26-27). Donándole su soplo vital (el Espíritu divino), lo transforma en alma viviente (Gn 2, 7). De esta manera el hombre, icono de Dios, adquiere un aspecto preponderante que lo distingue de todas las criaturas, es decir, comunica con Dios en cuanto animado por el Espíritu, que hace de él el principal reflejo creatural de la Divinidad<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Cf. T. Federici, «*Spirito Vivificante*». *Cristo e lo Spirito Santo nel Nuovo Testamento* (Roma <sup>3</sup>1994) 73.

El Espíritu de Dios actúa continuamente en la historia de los hombres y lleva a cumplimiento el designio de Dios. La revelación divina sucede gradualmente a través de los profetas, que son hombres de Dios. El Espíritu divino se sirve de ellos para hablar del designio divino a los hombres, hasta la plena realización de este último. Él, mediante los profetas, habla de Cristo. Ya Abrahán es llamado profeta (*Gn* 20, 7). Moisés como mediador del Señor posee en abundancia el Espíritu del Señor y lo dona también a sus colaboradores (*Nm* 25, 11). Dios estando con Moisés está con todo el pueblo (cf. *Ex* 3, 12). La presencia fiel y la recepción del Espíritu aparece a menudo en los textos veterotestamentarios. Por medio de la imposición de las manos de Moisés, Josué se llena de Espíritu (*Dt* 34, 9). También Saul está lleno de Espíritu de Dios por la unción realizada por Samuel (1 *Sm* 10, 10). Así también David (1 *Sm* 16, 13). La unción supone siempre la presencia del Espíritu de Dios (cf. *Ps* 44). De hecho el Espíritu es donado por el Señor con plenitud exclusivamente a las personas elegidas por Él, pero sólo en el período en el que han de explicar la misión por la cual han sido enviados. Su llamada es espontánea, Dios llama y, cuando lo hace, el hombre no puede oponerse, su amor obliga terriblemente. Se podrían nombrar algunos ejemplos como aquel de Isaías, de familia noble; de Amós, el pastor; de Ezequiel, sacerdote; de Jeremías, sacerdote exiliado. Viendo la variedad de la elección de sus instrumentos, comprendemos bien que Él en sus decisiones no depende de nadie. Eligiéndolos, los envía llenándolos de Espíritu. Bajo la influencia de la presencia del Espíritu ejercen una variedad de funciones, empezando por el fondo de la lectura de la historia, la interpretación de los acontecimientos, hasta escrutar el corazón de los hombres. En los profetas se nota una sensibilidad exasperada, en cuanto son conscientes de la terrible tensión por la posesión irresistible del Espíritu, que todavía deja libre su facultad humana, en primer lugar la libertad, la inteligencia, la voluntad. De consecuencia, en el actuar los profetas nunca se sienten obstaculizados ni por hombres ni por acontecimientos<sup>21</sup>. Por esto el profeta es realmente el hombre de Dios, del que el Espíritu Santo se sirve para la revelación divina en la historia de los

---

<sup>21</sup> Cf. *ibid.*

hombres. De hecho, mediante los profetas, el Espíritu ha preparado al pueblo para la revelación del Hijo de Dios, el cual hace morar el Espíritu perennemente entre los hombres, mediante el cual también los discípulos del Señor proclaman y cumplen actos que hacen maravillarse, porque en ellos habla Él.

## 2. La presencia del Espíritu Santo en los acontecimientos fundamentales del NT

En primer lugar, es importante recordar que en el Nuevo Testamento, Cristo y el Espíritu Santo aparecen inseparablemente juntos. Después de haber hablado mediante los profetas, el Padre envía a su Hijo único (*Hb* 1, 1, 4) y derrama permanentemente sobre su humanidad el Espíritu Santo (*Jn* 1, 29-34) para llevar a cumplimiento el designio divino sempiterno. Mas arriba hemos mencionado que esta clave de lectura tiene que empezar desde el punto Omega (la Resurrección) para remontarse a su Alfa, que es el AT; es decir, la resurrección envía a la cruz, a la vida histórica del Señor resucitado, que engloba la transfiguración inmediatamente después del bautismo, su nacimiento real, la anunciación a María Virgen; así como envía al Antiguo Testamento.

De este esquema se adquiere un orden admirable de los eventos en los cuales la presencia del Espíritu divino es continuamente activa y operante.

Para poder hablar de la presencia del πνεῦμα (τοῦ) Θεοῦ, conviene hacer una completa lectura de Mateo de acuerdo con el cuerpo entero del Nuevo Testamento. Acerquémonos esquemáticamente a los textos, tratados por el nuestro evangelista, que conciernen al Espíritu de Dios.

— *Mt* 1, 20: el nacimiento de Jesús de la Virgen por obra del Espíritu Santo;

— 3, 11 (cf. *Lc* 3, 16): Juan Bautista anuncia que Jesús bautizará con el Espíritu Santo y fuego (cf. *Mc* 1, 8 que no aplica el término fuego).

— 3, 16 (cf. *Mc* 1, 10; *Lc* 3, 22): el descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en el Jordán:

— 4, 1 (cf. *Mc* 1, 12; *Lc* 4, 1): Jesús es llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado;

— 5, 3: los pobres en el Espíritu son bienaventurados;

— 10, 20 (cf. *Lc* 12, 12 donde el Espíritu es el maestro en modo particular para los perseguidos): hablar del Espíritu en los discípulos;

— 12, 18: el Espíritu está puesto por Dios sobre su Siervo, que es Cristo Jesús (cf. *Is* 42, 1).

— 28, 19 (cf. *Mc* 16, 15; *Lc* 24, 47 está expresando implícitamente el mandato a los discípulos): el Resucitado manda a los discípulos a bautizar «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». En suma, la operación económica del Espíritu es, en primer lugar y sobre todo, morar constantemente en Jesús. Por eso toda la actividad del Hijo de Dios, en su vida histórica, siempre se cumple en la presencia y por la potencia del Espíritu Santo. A menudo, en las páginas anteriores se ha mencionado que la teofanía trinitaria se manifestó durante los episodios principales, bautismo, transfiguración y resurrección, en los cuales Jesús es solemnemente declarado Hijo de Dios, el Dilecto, en el cual Dios se complace. Después del lavatorio nupcial, cumplido por Juan Bautista, el Esposo es ungido con unción nupcial mediante el descenso del Espíritu Santo que lo consagra y lo consigna a la Esposa. A continuación del descenso del Espíritu desde las alturas, Dios Padre hace las declaraciones sobre el Bautizado, y no antes, precisamente porque el Espíritu baja y mora en Él. En este modo los dos llevan a cumplimiento el designio divino. El Padre envía al Hijo, éste actúa mediante el Espíritu y ambos nos llevan al Padre.

Constantemente hemos insistido afirmando que el episodio del bautismo de Jesús en toda la tradición evangélica tiene una carga decisiva. Eso demuestra que todo el actuar de Jesús tiene como origen la presencia permanente del Espíritu Santo<sup>22</sup>. Jesús, Hijo de Dios encarnado, es determinado esencialmente como sujeto que acoge el don del Espíritu divino. Entonces en la fase terrena, el Señor vive fundamentalmente el aspecto de recepción, en conformidad con su dimensión de Hijo, en cuanto receptor del Espíritu donado del Padre. Durante el bautismo del Jordán, que es la manifestación pública del Hijo de Dios y de su misión, acontece el descenso del Espíritu Santo. Ésta es la consagración mesiáni-

---

<sup>22</sup> Cf. J. Guillet, 'Le Saint Esprit dans la vie de Christ', *Lumen Vitae* 28 (1972) 561-571.

ca y la revelación de la filiación divina, caracterizada por la efusión del Espíritu Santo<sup>23</sup>. De hecho, la identidad de Jesús como Hijo de Dios y Mesías se reconoce solamente en virtud de la presencia del Espíritu Santo. Según *Jn* 1, 32-34, la voz que grita en el desierto identifica a Cristo, el Hijo de Dios, sólo después del descenso del Espíritu Santo, entonces es el Espíritu quien lo revela. «De hecho es el Espíritu quien, posándose sobre Cristo, lo manifiesta por lo que es, de modo que pueda ser reconocido en todo su valor y en la profundidad de su verdad»<sup>24</sup>. Lo que asombra en el episodio del bautismo del Señor es que Él aparece en el Jordán para que se manifieste la alegría y el amor del Padre: el Señor acepta la voluntad del Padre. Esta comunicación entre el cielo y Jesús es operada por El Espíritu Santo, y es su ascenso lo que asegura la unión con el Padre<sup>25</sup>. El papel del Espíritu Santo durante el bautismo es de importancia capital. Igual que baja sobre Jesús en el momento del bautismo en el Jordán, así desciende sobre los bautizados<sup>26</sup>. Resumiendo, con el lavatorio nupcial, el Bautista consigna a Jesús bautizado y el Espíritu Santo baja y toma posesión total de Él. Lo consagra con la unción nupcial, como Esposo, y lo consigna a la Esposa, la comunidad futura. De esta manera el Bautizado inicia su vida pública donde es acompañado por el Espíritu divino. De hecho, sólo después del descenso es solemnemente revelada la identidad de Jesús como «el Hijo», «el Dilecto», en el cual Dios Padre se complace. La presencia del Espíritu Santo en Cristo es perenne. Por eso Él vuelve al Padre y promete a los suyos su presencia, que es su Espíritu mismo. Así que este último está en acción ininterrumpida desde el comienzo de la creación, y cumple el designio del Padre que consiste en hacernos partícipes del convite eterno, el cual nos hace dignos de la filiación divina. El descenso del Espíritu Santo sobre Cristo bautizado, por su presencia permanente, lo consagra y así el Padre lo revela solemnemente con voz de júbilo.

<sup>23</sup> Cf. R. Lavatori, *Lo Spirito Santo dono del Padre e del Figlio* (Bologna 1987) 243-252.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 250.

<sup>25</sup> Cf. J. Guillet, *cit.*, 566.

<sup>26</sup> Cf. S. Juan Crisóstomo, *Comento al vangelo di Matteo 12, 2*: PG 57, 203-205; M. Todde, *Spirito di Dio, letture cristiane del primo millenio* (Turín 1987) 27s.

#### IV. LA VOZ DEL PADRE

Por el significado teológico de la voz del Padre durante el bautismo de Jesús, que solemnemente declara su identidad: «mi Hijo», «el Dilecto» en el cual me complazco, hay que tener en consideración la variedad de toma de posición de los exégetas, que no son unánimes sobre el género literario. A. Poppi sostiene que es casi necesario admitir una tradición primitiva que se remonta a Jesús mismo o por lo menos al Bautista (según *Jn* 1, 32-34), y que nos transmite un núcleo histórico objetivo de una experiencia excepcional de Jesús en el momento del bautismo<sup>27</sup>. M. Sabbe, por el contrario, insiste sobre un género literario más bien apocalíptico y en el que la narración tiene en sus orígenes sólo el bautismo de Jesús y una explicación apocalíptica construida por la Iglesia<sup>28</sup>. M. E. Boismard hace justamente notar que el género literario sería teofánico y el relato nace del bautismo de Jesús, desde la toma de conciencia de su misión especial, de la reflexión de la Iglesia sobre tal episodio y sobre la vida «pneumática» de su Siervo y Señor; esta reflexión habría sido predicada con una narración de resonancias teológicas evidentes<sup>29</sup>. F. Lentzen Deis, partiendo de su descubrimiento en la literatura judía extrabíblica, es del parecer de que sea una «*Deute* - visión» (visión significativa) de un episodio o de un personaje de la historia bíblica en su momento preciso. Se trata de una «visión» en la que comparecen «ángeles» o «voces celestiales», para entregar un mensaje y dar a los lectores el significado de un personaje o de un acontecimiento<sup>30</sup>. Esta hipótesis de la «*Deute* - visión», sostiene que los versículos postbautismales son una composición de la Iglesia judeo-cristiana primitiva, la cual quiso proclamar no lo que de celestial ha sucedido en ocasión del bautismo de Jesús, sino lo que aquel bautismo

<sup>27</sup> A. Poppi, *L'inizio del Vangelo* (Padua 1976) 118.

<sup>28</sup> M. Sabbe, 'Le baptême de Jésus', en: *De Jésus aux Évangiles* (Gembloux 1967) 203, habla de «style théophanique et apocalyptique».

<sup>29</sup> M. E. Boismard - P. Benoit, *Synopse des quatre évangiles*, t. 2 (París 1972); en la misma línea se orienta también R. Trevijano Etcheverría, *Comienzo del Evangelio. Estudio sobre el prólogo de San Marcos* (Burgos 1971) 158-165.

<sup>30</sup> F. Lentzen Deis, *Die Taufe Jesu nach den Synoptikern* (Francfort del Meno 1970) 200-205; de este modo se pronuncia también A. Fuchs, *Jesus in der Verkündigung der Kirche* (Linz 1976) 93s.

significaba, junto al significado que tenía la persona de Jesús bautizado al inicio de su actividad pública<sup>31</sup>. Si esta última hubiera sido considerada atendible, entonces las voces podrí­an ser solamente «voces humanas»<sup>32</sup>, por eso se sostiene que detrás de la voz del cielo está la de la Iglesia. Aunque la voz fuera humana, nunca se debe olvidar que el Espíritu Santo está en acción permanente y usa instrumentos escogidos, los enviados de Dios, que hablan en su nombre. Entonces aunque las voces puedan parecer humanas, es el Espíritu Santo quien habla en ellas, en último análisis son voces divinas. S. Efrén atribuye con toda la naturalidad la voz al Padre, quien declara la identidad de su Hijo<sup>33</sup>.

Lo que hay que distinguir es la voz de quien grita en el desierto de aquella que truena después de la apertura del cielo (el seno del Padre). Como ya se ha mencionado anteriormente el cielo es una paráfrasis del nombre de Dios. Entonces nosotros partimos del presupuesto de que la voz celestial sea la voz del Padre, porque es realmente suya. A menudo hemos repetido que esta voz a propósito del Hijo acontece solo durante el bautismo, la transfiguración y la resurrección. Cada vez que resuena esta voz acontece la teofanía por la presencia de las tres Personas divinas.

Cuando Juan bautiza a Jesús, inmediatamente después de la salida del agua en el río del Jordán, los cielos se abren y el Espíritu de Dios desciende, hace morada en el Bautizado y lo unge con unción nupcial. Sólo después del descenso del Espíritu Santo, el Padre solemnemente proclama su identidad. La voz del Padre es de alegría, indica solemnidad, porque Él ve ya cumplido el designio de salvación en su Hijo, «el Dilecto». Esta declaración es el punto de partida de la vida y de la actividad pública de Jesús bautizado y confirmado. El Hijo escucha y acepta en silencio la voluntad del Padre, porque entre ellos existe un intercambio infinito de su existen-

<sup>31</sup> Cf. F. Lentzen Deis, *cit.*, 276-279.

<sup>32</sup> Cf. G. Giavani, 'Battesimo di Gesù', *ScCatt* 5 (1977) 483: «Probablemente no ha habido ninguna voz más que las «voces humanas». ¿Cuáles? Ciertamente hay la de la Iglesia que proclama su cristología madurada sobre la base de la historia pre y post-pascual. Todavía no se puede cerrar la puerta para otra «voz» interpretada por la Iglesia como «celestial», de Juan Bautista».

<sup>33</sup> Cf. S. Efrén, *Nat.* 6, 22, 46.

cia armoniosa. Cuando el Padre revela al Hijo, no hace nada más que revelarse a sí mismo; entre ellos no existe lo «mío» y lo «tuyo», por eso la voz del Padre es al mismo tiempo la del Hijo. Así pues, habremos respondido a aquellos que sostienen que la voz es solamente humana, refiriéndose a la Iglesia o a la de san Juan. El episodio en el Jordán es único. De hecho acontece tras una larga preparación del camino de la salvación. Hasta el bautismo, Dios se ha servido de instrumentos escogidos y enviados. Pero en el bautismo del Señor, Dios ve ya todo cumplido. El Icono perfecto del Padre ha traído el cambio decisivo, el Ungido para las nupcias está ya listo y nada puede obstaculizar tal liturgia divina. Por eso la voz del Padre es de júbilo para el Hijo y también para la Esposa en cuanto objeto futuro de ella.

Las primeras palabras pronunciadas por el Padre en el bautismo se comprenden mejor si las leemos a la luz de la resurrección. El Padre llamó al Hijo desde la tumba, para donarle el Espíritu de la resurrección y lo llama «Hijo mío» (cf. *Hch* 13, 32, 33, donde S. Pablo cita *Ps* 2, 7). En el AT, como ya se ha mencionado *supra*, «mi Hijo» se aplica al pueblo, al rey mesiánico y al Siervo mesiánico. Esto último está extraído de Isaías (42, 1-9); el cual siendo inspirado por el Espíritu Santo, describe el contenido de la voz divina y el comportamiento silencioso del Electo divino, que será donado como alianza del pueblo y como luz de las naciones (cf. *Is* 49, 1-6, en el último versículo aparece el mismo contenido, y al final el Siervo se convierte en Salvador de todos). Es evidente que el título de Siervo (Παῖς) está atribuido a Jesús, el Hijo de Dios (cf. *Hch* 3, 13, su Παῖς Jesús; también en 3, 26; tu Santo Παῖς, que Tú ungiste *Hch* 4, 27 e incluso en 4, 30). Este Siervo, Hijo de Dios, asume incluso la «forma de esclavo» (δοῦλος) (cf. *Fil* 2, 7). Cristo mismo afirma haber venido para servir y no para ser servido, entonces es διάκονος (cf. *Mt* 20, 28; *Mc* 10, 45; *Lc* 12, 37, donde el Señor mismo servirá a sus siervos). Este Hijo, siervo, esclavo y diácono, como a menudo hemos recordado, es también rey mesiánico, real, profético, y sacerdotal. Eso es lo que suponen las palabras pronunciadas por el Padre; tras el descenso del Espíritu Santo. De este modo se comprende mejor por qué la voz es de alegría y solemne. La voz del cielo, además de «Hijo mío», lo revela como «el Dilecto» (ὁ ἀγαπητός). Aquí nos hemos remontado a *Gn* 22, donde Isaac, el monogéptico se vuelve víctima sacrificial. Así mismo, el Padre entrega



el Dilecto a la muerte redentora, para que sean redimidos sus hijos (cf. *Rm* 8, 32).

El amor del Padre hacia el Hijo es eterno. Le manifiesta todo lo que hace. Por lo que nada escapa al Hijo, porque el Padre le manifestará también las obras futuras que harán asombrar a las gentes (cf. *Jn* 5, 20). Pablo habla del Hijo dilecto en cuanto Él nos libera de las tinieblas y nos transfiere al reino del Hijo de su elección (cf. *Col* 1, 13; *Ef* 1, 6-7). En los sinópticos el Padre se dirige al Dilecto con voz de júbilo y precisamente, cuando Jesús bautizado sale del agua y cuando el Espíritu Santo, descendiendo sobre Él, lo unge y así lo consagra para la misión que el Padre ve ya cumplida en Él. Análogamente se puede decir que la misma experiencia acontece en la Transfiguración (cf. *Mt* 17, 1-8), con la diferencia de que aquí están presentes los apóstoles, a los cuales se dirige el imperativo «escuchadlo» (en la mentalidad oriental, «escuchar» asume varios significados: obedecer, hacer como está dicho, seguir). Pienso que el mando pronunciado aquí implica este escuchar. De hecho los discípulos deben seguir al Señor hasta la cruz, con lo cual se cumple la misión bautismal del Señor. El motivo de las palabras pronunciadas es siempre aquello que hemos repetido a menudo: el Padre revela abiertamente que se complace del Hijo porque Él ve totalmente cumplida la misión confiada a Él durante el bautismo.

Resumiendo, la revelación divina hace entender una realidad que trasciende cualquier mente: el amor entre las Personas divinas asombra la mente humana, es la Existencia en eterna sintonía. El Padre, revelando al Hijo en el Espíritu, no hace nada más que revelarse a sí mismo. Por eso se comprende el silencio impresionante del Hijo, el cual sabe que su voluntad es la del Padre. Extrañamente, son pocos quienes afirman que el fin del obrar de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu, a lo largo de la historia de la salvación, acontece realmente con su eterna colaboración armoniosa. En el epígrafe concerniente a la presencia del Espíritu Santo hemos insistido sobre este facto, porque las Personas divinas operan desde el comienzo de la creación hasta la resurrección, juntas. El amor del Padre hacia el Hijo, que se revela durante el bautismo, demuestra el signo de su amor hacia sus hijos. De hecho, a menudo hemos vuelto a decir que el objeto

futuro del amor divino somos nosotros. Signo máximo del amor de Dios hacia nosotros es que no escatimó ni siquiera «su Hijo», «el Dilecto», para que fuéramos salvados. Y la complacencia dirigida al Hijo, al final la dirige también a nosotros. De este modo, con el bautismo participamos del convite nupcial porque el Espíritu mora en nuestros corazones (*Rm* 5, 5) y nos lleva al único manantial de la vida. El Padre, mediante el Hijo, en el Espíritu Santo, ha intervenido espléndidamente en la historia humana, para que los bautizados se vuelvan objeto futuro de las palabras pronunciadas en el bautismo. Entonces la revelación que hace el Padre tiene valor cristológico y escatológico, en cuanto el Esposo y la Esposa se convierten en un solo cuerpo. Así pues hemos mencionado el tema siguiente: el bautismo en el Jordán y el bautismo de los fieles.

## V. EL BAUTISMO EN EL JORDÁN Y EL BAUTISMO DE LOS FIELES

La Iglesia, desde el comienzo de su fundación, emplea símbolos que tienen su origen en la vida histórica del Señor. Por lo tanto la Iglesia no empleó mucho tiempo para unir explícitamente el rito bautismal de los fieles con el de Jesús en el Jordán<sup>34</sup>. Juan Bautista ejercitó un bautismo de agua para la conversión (*Mt* 3, 11) y remisión de los pecados (*Mc* 1, 4; *Lc* 3, 3). Según algunos autores, el anuncio de Juan Bautista sobre quien bautiza con Espíritu Santo (*Mc* 1, 8; *Jn* 1, 26; *Hch* 1, 5 y 11, 16) y fuego (*Mt* 3, 11; *Lc* 3, 16; *Hch* 2, 3) se atribuiría a Juan posteriormente y se supone que estas expresiones han nacido fuera del ambiente palestino<sup>35</sup>. Pero yo soy del parecer de que son de Juan mismo, teniendo en cuenta su papel de enviado.

El motivo de la venida del Señor al Jordán para recibir el bautismo está descrito por algunos Padres de la Iglesia. Clemente Alejandrino afirma que Jesús no necesitaba el bautismo, pero lo recibió con el fin de santificar el agua para

<sup>34</sup> Cf. S. Legase, 'Le baptême de Jésus et le baptême chrétien', SBFLA 27 (1977) 51.

<sup>35</sup> Cf. R. Bultmann, *Histoire de la tradition synoptique suivie du complément de 1971* (París 1973) 261; E. Meyer, *Ursprung und Anfänge des Christentums* I (Stuttgart 1962) 39.

quienes debían ser regenerados<sup>36</sup>. Tertuliano, *Adv. Iud.* 8, 14, sostiene que el agua fue santificada por medio de su bautismo. S. Efrén habla de la unificación de las aguas visibles con el Espíritu invisible, por el bautismo del Señor<sup>37</sup>. También S. Ambrosio da una explicación de la purificación de las aguas por medio del bautismo del Señor para que pudieran bautizar<sup>38</sup>. Prácticamente en todos esos autores la simbología empleada es la misma. Ellos insisten sobre el hecho de que el Señor, aunque no necesita ser bautizado en agua, se deja bautizar para hacerla pura y eficaz. A través de su bautismo, el agua adquiere el valor de la regeneración. La unanimidad de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, no obstante la distinta formación teológica de ellos, es sorprendente y la debemos hacer nuestra. Ellos son muy fieles a la tradición apostólica, y tienen una madurez profunda sobre lo que nos ha sido transmitido; por este motivo, para asumir el significado teológico de este acontecimiento debemos tener en cuenta siempre su contribución.

La práctica del bautismo cristiano tiene su fundamento en aquello que ha dado inicio a la vida pública del Señor. De hecho, varios exégetas han hecho del bautismo la inauguración de la vida de Cristo, Él, que fue el prototipo de la iniciación cristiana<sup>39</sup>. En los temas teológicos hemos partido desde el Señor, para llegar después a los iconos, que son el objeto futuro del amor del Padre.

---

<sup>36</sup> Cf. Clemente de Alenjandro, *Ecl. proph.* 7, 2: GCS III, p. 138: «Por eso el Salvador ha sido bautizado, Él, que no necesitaba el bautismo, para que fueran santificadas todas las aguas para quienes tenían que ser regenerados».

<sup>37</sup> E. Beck, 'Le baptême chez Saint Ephrem', en *OrSyr* I (1956) 131: «Estando el Espíritu con el Hijo, Éste (el Hijo) vino a Juan para recibir el bautismo por él, para unirse al agua visible el Espíritu invisible; para que los espíritus percibieran el don del Espíritu, mientras los cuerpos reciben la humedad del agua».

<sup>38</sup> Cf. S. Ambrosio, *Traité sur l'Évangile de S. Luc*, SChr 45, 110, traducido por G. Tissot: «Le Seigneur a donc été baptisé: il voulait non pas être purifié mais purifier les eaux, afin que, lavées à la chair du Christ qui n'a pas connu le péché, elles eussent le pouvoir de baptiser».

<sup>39</sup> Cf. M. Goguel, *Au seuil de l'Évangile: Jean Baptiste* (París 1928) 227; S. Lagasse, *Le baptême de Jésus et le baptême chrétien*, 53; T. Thyen, *Studien zur Sündenvergebung im NT und seinen alttestamentlichen und jüdischen Voraussetzungen* (Gotinga 1970) 214; G. Schille, *Anfänge der Kirche. Erwägungen zur apostolischen Frühgeschichte* (Munich 1966) 170.

Si tenemos presente la exhortación de Pedro a la conversión, nos damos cuenta de un hecho fundamental: como primer signo para la conversión, él propone el bautismo (*Hch* 2, 38-41; cf. 8, 12). Esto está fuertemente afirmado también por Pablo: quien ha sido bautizado en Cristo Jesús, lo es también en la muerte (*Rm* 6, 3) y todos los bautizados en el Espíritu Santo forman un solo cuerpo (1 *Co* 12, 13). De ésto podemos deducir que la práctica del bautismo es ya normal en la Iglesia primitiva desde sus orígenes. El modo en el que esto se cumplía es vario, es decir, se sostiene que a veces era administrada la aspersion sobre un grupo, y así venía a menos la ablución (es decir el lavatorio)<sup>40</sup>. El nombre de la Stma. Trinidad era pronunciado solo implícitamente, es decir, se pronunciaba el nombre de Jesús. Sin entretenerse excesivamente sobre cómo era administrado el bautismo, merece la pena recordar que el convertido (adulto) era inmerso en el agua tres veces; adhiriéndose de esta manera a las tres Personas divinas. Tras la salida del agua el sacerdote ungía al bautizado con aceite sagrado. Se supone que ésta era la forma más antigua, en la cual acontecía el lavatorio por medio de la inmersión, con la invocación trinitaria (se supone que este modo era común ya sea en Roma como en Alejandría). Si entramos en el ámbito sirio-oriental, hay que recordar que en el siglo VI el sacerdote bajaba al candidato (bautizando) a un baptisterio, poniendo su mano diestra sobre su cabeza y con la mano izquierda vertía el agua sobre la cabeza del convertido. Cada vez que el sacerdote pronunciaba el nombre de una de las Personas divinas, el bautizado decía amén<sup>41</sup>.

Parémonos un instante sobre el simbolismo del bautismo. La inmersión del convertido en el agua y su emersión a la vida nueva corresponde a la muerte y la resurrección de

---

<sup>40</sup> Cf. E.S.J. Delaye, art. *Baptême*: *DSp* 1 (1937) 1219: «Et même dans certains cas, un peu exceptionnels, on admit le baptême par aspersion, qui consistait à projeter quelques gouttes d'eau sur les membres d'un groupe, comme cela se fait encore pour le rite de l'aspersion d'eau bénite, le dimanche, à l'*Asperges* de la grande messe. Ici le symbolisme est encore moins net et l'ablution y est si peu sûre que ce procédé ne saurait être généralisé. Il faut, en effet, pour la validité du sacrement que l'eau coule réellement sur le baptisé, en très petite quantité si l'on veut, mais de manière couler».

<sup>41</sup> Cf. E.S.J. Delaye, *cit.*, 1219; Denzinger, *Ritus Orientalium*, t. 1 (Graz 1961) 549.

Cristo. El convertido es sumergido en el agua como en una tumba, donde él entierra al hombre viejo para renacer a la vida nueva, según la imagen de Cristo resucitado. De este modo el bautismo, como a menudo hemos repetido, vuelve a ser una regeneración. Entonces podemos decir que el bautismo no es simplemente un rito, esto es un hecho históricamente determinado y condicionado, porque su eficacia se adquiere desde el sacrificio expiatorio de Cristo que reconcilia al hombre con Dios (cf. 1 Co 6, 11; Ef 5, 25; 1 Jn 5, 6). Nosotros somos hijos de Dios mediante la fe en Cristo en cuanto nos revestimos de Él con el bautismo (cf. Ga 3, 27; Rm 5, 18s). De este manera Él destruye el hombre viejo, el primer Adán y hace de él el hombre nuevo, Adán nuevo (Cristo), vida nueva. Así, se comprende que con el bautismo, el hombre se hace partícipe de la muerte y de la resurrección de Cristo (cf. Rm 6, 1-14; Col 2, 11-15; Ga 2, 19s). El bautismo, quitándole el pecado, le dona una existencia nueva que viene de Dios<sup>42</sup>. Algunos Padres de la Iglesia se han expresado sobre cómo debe ser comprendido el bautismo y lo que supone. San Gregorio Nacianceno dice cómo hay que comprender el bautismo en su esencia y su fuerza, es decir, debe ser un pacto con Dios de una vida nueva y de una conducta sin mancha. Él insiste también, diciendo que los bautizados no tienen que renegar de lo que han prometido, ni transgredir el pacto concluido en él<sup>43</sup>. S. Basilio también, en su homilía en *Sanctum Baptisma*, pone en relieve la importancia y el carácter sagrado de las obligaciones tomadas en el momento único, donde comienza nuestra vida cristiana<sup>44</sup>.

Durante el bautismo del Señor en el Jordán, el Espíritu baja y mora en Él. Esta relación entre el bautismo y el don del Espíritu Santo es muy antigua y común para la cristiandad. Juan confería un bautismo según la versión de Mateo para la conversión, mientras según Marcos y Lucas también para la

---

<sup>42</sup> Cf. A Oepke, art. βάπτω, 74-75: «La nuova creatura», infatti, non è un modo di essere soggettivo, ma una realtà oggettiva che è scaturita dal fatto storico della morte e della risurrezione di Cristo e nella quale l'uomo è chiamato ad inserirsi con un atto di libera scelta e con la sua volontà morale».

<sup>43</sup> Cf. S. Gregorio Nazianceno, *Oratio XL, in sanctum Baptisma*: PG 36, 368.

<sup>44</sup> Cf. S. Basilio, *Homilia in sanctum Baptisma*: PG 31, 423.

remisión de los pecados. Por eso el bautismo cristiano puede ser considerado el complemento del de Juan, sobre todo por el don del Espíritu Santo, que se da durante y tras el bautismo (cf. *Hch* 1, 4; 2, 38; 8, 16; 9, 17); *Rm* 8, 15; 1 *Co* 12, 13). La unción del Señor en el bautismo lo convierte en Sacerdote, Profeta, Rey y Esposo consagrado. De esta manera cuando el bautizado es ungido, es consagrado con la unción sacerdotal, profética, real y nupcial. Así la voz del Padre al Hijo es solemne y voz de alegría, en último análisis está dirigida a nosotros. De este modo con el bautismo recuperamos la filiación divina, pero siempre gracias a Aquel que ha muerto y resucitado por nosotros.

Una breve referencia al bautismo de los niños. Ciertamente en la Iglesia antigua el bautismo era conferido a los adultos, pero cuando una familia se convertía, eran bautizados todos los miembros de ella, incluso los niños, hasta los esclavos, es decir, la familia entera, de los grandes hasta los más pequeños. Según algunos autores, el bautismo de niños representa una desviación respecto al cristianismo apostólico, en cuanto aparece unido a una concepción supersticiosa del sacramento<sup>45</sup>. No es el objeto de nuestra investigación exponer los distintos tipos de bautismos, lo que más nos interesa es la relación entre el bautismo conferido en el Jordán y el bautismo comprendido a la luz de la resurrección. Los puntos preponderantes de esta parte son: poner en evidencia que el prototipo del bautismo cristiano es el del Señor, y la Iglesia siendo fiel a la tradición ha administrado el bautismo conforme con el espíritu evangélico. Ha sido puesto en relieve el motivo por el cual Jesús vino para ser bautizado aunque no lo necesitaba, pero para que fuera purificada el agua y vuelta eficaz. ha sido mencionada la forma con la cual se solía bautizar, y hemos subrayado la inmersión que hace alusión a la sepultura del Señor. Hemos recordado también que el bautismo era cumplido siempre en el nombre de la Stma. Trinidad, y que el bautizado vuelve a ser una criatura nueva que vive en una existencia nueva; en el bautismo somos regenerados.

Algunos Padres de la Iglesia insisten bastante sobre varios títulos y funciones del bautismo de decisivo valor teológico. S. Gregorio el Teólogo canta algunos de ellos: «Sobre los dos nacimientos, el primero, digo, y aquel final, no es ahora el momento de especular. Pero desde el nacimiento central, y

---

<sup>45</sup> Cf. A. Oepke, *cit.*, 80.

ahora necesario, del que se toma el nombre «el día de las luces», hemos de reflexionar sobre su significación y alcance: —la iluminación (φωτισμός) es el esplendor de las almas, —mutación de la vida, —interrogación de la consciencia de Dios (1 Pt 3, 21); —la iluminación, ayuda de nuestra debilidad; —la iluminación, rechazo de la carne, —secuela del Espíritu, —comunión (κοινωνία) del Verbo, —corrección del hombre plasmado, —el diluvio del pecado, —participación de la luz, —desaparición de la tiniebla. —La iluminación, vehículo hacia Dios, —peregrinación de Cristo, —pilar de la fe, perfeccionamiento del intelecto, —lave del Reino de los cielos, —mutación de la vida, —expulsión de la esclavitud, —disolución de los vínculos, —mutación de la composición (del hombre). —La iluminación, —¿qué se debe numerar más? —el más bello de los dones de Dios —y el más magnífico. Así como algunas realidades que se llamaron «Santo de los Santos», «Cantar de los Cantares», —que son realidades más comprensibles y más válidas, —así también el bautismo es la realidad más santa de todas las otras iluminaciones donadas a nosotros. Y como Cristo, que es el donante de esto, es llamado con muchos y distintos nombres, así también el Don: esto lo tenemos por un hecho gozoso, —efectivamente algunos anhelan mucho alguna realidad y gustosos se deleitan incluso con los nombres, por la multiformidad del gran beneficio de que se nos otorguen a nosotros también muchos nombres. Nosotros le llamamos «don», —el carisma, —el bautismo, —la unción, —la iluminación, —el traje de la incorrupción, —el lavatorio de la regeneración, —el sello, —todo lo que es valioso, —y «don» en cuanto es donado también a quien nada ha ofrecido —y «carisma» en cuanto es donado también a quien es deudor, —y bautismo en cuanto el pecado es sepultado por el agua, —y unción en cuanto es sagrada y real —de hecho (los sacerdotes y los reyes) estaban ungidos, —e iluminación en cuanto es irradicación, —y manto en cuanto es cobertura de la vergüenza, —y lavatorio en cuanto es detergente, —y sello en cuanto custodia y significación de la soberanía. —Por eso se regocijan los cielos, —los ángeles glorifican esto por el esplendor de la parentela (con Dios), —eso es el Icono de la beatitud de arriba; —a eso queremos cantar himnos, —pero no lo podemos alcanzar hasta el punto que Él merece»<sup>46</sup>.

<sup>46</sup> S. Gregorio Teólogo, *Oratio* 40, *In s. baptisma* 3-4: PG 36, 361 B 364 A; cf. también T. Federici, 'La liturgia dono divino della Libertà', *Ho Theologos* (1979) 49-50.

S. Máximo el Confesor, comentando el sacramento de la iniciación cristiana, contempla el don del bautismo como el don de la liberación<sup>47</sup>.

La realidad conferida en el bautismo, según nuestro parecer, supera «cada expresión que sale de la boca del hombre». Por esto, necesitamos siempre muchos vocablos para evidenciar, aunque parcialmente, la importancia de los títulos y de las funciones de la iniciación bautismal: «—Es perdón de los pecados, —por lo cual nacimiento nuevo (*Jn* 3, 5) —y en consecuencia nacimiento estupendo, —adopción divina real en el Hijo del Padre (*Rm* 8, 18; *Ga* 4, 5; *Ef* 1, 5), —incorporación a Cristo bautizado y transfigurado para morir y resurgir (*Ev* 3, 6), —durante el bautismo acontece la inhabitación permanente del Espíritu Santo (*Rm* 8, 11), —inicio de la divinización de la naturaleza humana (*2 Pt* 1, 4), —donación a cada uno del Espíritu Santo por entero (*Rm* 5, 5), —billete de entrada al convite divino (*Mt* 22, 11), concepción del Verbo divino en el alma (*Lc* 8, 19-21; 11, 27-28), —don de la virginidad espiritual que no se pierde (*2 Co* 11, 3), —don de la maternidad espiritual que no se pierde (*Lc* 8, 28-30; 11, 27-28), —alegría de revivir, —recuperación de la «imagen y semejanza» con Dios (*Rm* 8, 28-30; *Ga* 3, 26-28; *Col* 3, 10-12), —conformación perfecta con Cristo (*Rm* 8, 29; *Fil* 3, 21), —alianza con el Padre, sellada por la sangre de Cristo, —alianza de fraternidad con los otros hijos de Dios, —ofrecimiento de la posibilidad definitiva de invocar al Único Dios con Abbâ! «Padre», don real de la divina caridad, —inserción en el movimiento incontenible de la caridad del Espíritu hacia todos los hermanos (*Rm* 5, 5); y finalmente formación y creación de la Iglesia como «lugar y signo» de esta caridad en este mundo.

## VI. CONCLUSIÓN

En esta síntesis teológica, los temas teológicos podrían ser considerados como una contribución a la comprensión más profunda de los datos de la exégesis. La parte sobre la figura y función de Juan Bautista nos presenta una síntesis sobre varias opiniones. Algunos son del parecer de que Juan

---

<sup>47</sup> S. Máximo Confesor, *Orationis domicae brevis expositio ad quemdam Christo devotum*: PG 90, 905 C-D.



es una figura independiente, con un mensaje y programa propio; otros lo consideran el último eslabón de la cadena de profetas, y hacen de él el proclamador de la inminencia del Reino de los cielos. Su función como enviado de Dios, consiste fundamentalmente en la preparación del pueblo al encuentro con el Señor. Además de esto, cumple un acto único en la historia de la humanidad: bautiza a Jesús. Por eso es él quien lo entrega como paraninfo de la unción del Espíritu Santo, objeto del segundo epígrafe de este artículo. Se hace un recorrido por lugares específicos de la Sagrada Escritura, donde se perciben la presencia y la acción del Espíritu Santo. La teología de la historia sacra muestra cómo el Espíritu Santo desde el principio de la creación está en acción. Por eso mismo «precede» a Jesús, lo «acompaña» y finalmente lo «sigue», enviado por Cristo resucitado para morar entre los hombres. El Espíritu Santo descende, mora y unge al Esposo con la unción nupcial para las nupcias y lo entrega a la Esposa, que es la comunidad futura.

De hecho tras el descenso del Espíritu Santo, el Padre revela con voz de júbilo la identidad del Señor bautizado: «mi Hijo», «el Dilecto», «en el cual me complazco» (v. 17). En este capítulo se han mencionado las distintas opiniones a propósito de la voz del Padre: algunos la consideran humana, atribuyéndola a Juan Bautista y a la Iglesia. Respecto al género literario las opiniones divergen, algunos insisten sobre el género literario apocalíptico, otros optan por la visión significativa. Nosotros estamos convencidos de que el género literario es una síntesis de una teofanía, y de que la voz es del Padre, que en último análisis, revelando al Hijo, se revela a Sí mismo. Lo que el Padre dice del Hijo en el bautismo está dirigido también a nosotros bautizados, que nos convertimos en objeto futuro de sus palabras.

En el último capítulo se estudia el nexo: el bautismo del Jordán y el bautismo de los fieles. Algunos Padres de la Iglesia insisten enérgicamente en la santificación y eficacia purificadora del agua a causa del bautismo del Señor, el cual es consagrado por el Padre como Profeta, Rey, Esposo y Sacerdote mesiánico. De este modo también el bautizado es ungido con unción profética, real, nupcial y sacerdotal. Así, la Iglesia Esposa celebra este acontecimiento decisivo, que la hace partícipe del convite nupcial del Esposo. Se ha insistido en que todo esto en sana teología debe ser leído a la luz de la

resurrección, como la Iglesia apostólica ha hecho desde el comienzo de su fundación.

Al Señor resucitado con el Padre, con el Espíritu todo-santo y bueno y vivificante, que nos bautiza con Espíritu Santo y fuego, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos. Amén.

EFREM YILDIZ

*Universidad Pontificia de Salamanca*

#### SUMMARY

The author deals with the baptism of Jesus by John the Baptist in its theological and spiritual significance, in accordance with an exegesis inspired in the eastern patristic tradition (Ephraem of Syria) which at every stage shapes the analysis of the New Testament narratives. The author follows the following order: figure and function of John the Baptist; action of the Holy Spirit in the baptism of Jesus in accordance with the divine pneumatic action in the Old Testament and in the fundamental events of the New Testament; he pays particular attention to the divine voice in the baptismal theophany of Jesus and to the relation which exists between the baptism of Jesus and the baptism of Christians.